
Índice

I. Asalto a las puertas de Pantalonia.....	7
II. La <i>Espuma del Mar</i> busca cocinero.....	15
III. Por allí resopla.....	23
IV. De grumete a capitán	37
V. Rumbo a Coralina.....	47
VI. El barco del terror.....	53
VII. Aliados inesperados.....	61
VIII. La Ciudad Enarbolada	69
IX. Viaje en barco volador	77
X. La primera decisión del rinoceronte Lucas	93
XI. Trampa pirata	103
XII. La nobleza del exrey Patacoto.....	115
XIII. La Asamblea Sagrada	127
XIV. La batalla naval.....	137
XV. Juicio a Abu Abu.....	147
XVI. Regreso a casa.....	161

Asalto a las puertas de Pantalonia

Casi todos los gatos son iguales. Casi todos. La mayoría se pasan la vida durmiendo sin salir jamás de su casa. Los más atrevidos cambian a veces de barrio.

Pero Ikatú no era un gato corriente. Él quería ser capitán de barco para surcar los siete mares. Historias legendarias hablaban de las cuevas submarinas de la remota isla de Coralina. Allí habría fabulosos tesoros piratas.

Un buen día, harto de dormir dieciséis horas al día como cualquier gato, se fugó de casa dejando atrás una breve nota:

Queridos papá, mamá y camada:

Me voy a vivir aventuras. Me llevo la espada del tatarabuelo y vuestro recuerdo en el corazón.

Ikatú

Desde el domicilio familiar, hizo autoestop de carreta en carreta hasta el puerto de Pantalonia, donde llegó al caer la noche. La ciudad se levantaba entre infranqueables murallas. En la puerta principal, dos perros alguaciles pedían la documentación y el peaje a todo aquel que quisiera adentrarse en sus muros. Los comerciantes podían franquear la puerta si pagaban cinco reales, pero aventureros, vagabundos y mendigos tenían vetado el acceso.

El gato se fijó en los enormes colmillos de los dos fuertes pastores alemanes y en sus alabardas de agudísimo filo. Necesitaba una estratagema para entrar en la ciudad. Trepár por el muro de noche era demasiado arriesgado hasta para un gato como él, con una vista siete veces mejor que la de cualquier cánido.

Hacía frío, y a Ikatú empezaban a helársele las picudas orejas. Merodeando por la parte exterior de la muralla encontró un barril abandonado. Se le ocurrió entonces emular al guerrero aqueo Ulises, que se coló en Troya escondido en un caballo de madera. Así que escribió en letras muy grandes sobre la tapa del barril:

REGALO PARA EL CONDE DE PANTALONIA

Luego lo abrió y se escabulló bajo un montón de paja.

Allí permaneció durante un rato que se le hizo eterno, hasta que un perro faldero vio el barril y tuvo la misma idea. Tras empujarlo con muchísimo esfuerzo hasta la puerta de la muralla, el perrillo entró en pánico.

—¡Serás bobo! ¿Pero tú te crees que esas dos bestias te van a dejar franquear las murallas así, por tu cara bonita?

Los alguaciles preguntaron qué era aquel barril, y el perro faldero, que tiritaba de miedo, les explicó que era un regalo para el conde de Pantalonia.

—¿Un regalo? —ladró uno de los pastores alemanes, porque ninguno de los dos sabía leer.

—Es lo que pone aquí escrito —respondió el perrito, al que se le empezaban a erizar sus escasos pelos de chihuahua al ver las malas pulgas que gastaba aquel pedazo de perrazo.

—¿Qué te parece, Feroz? —le preguntó un perro alguacil al otro—. ¿No crees que deberíamos abrir el barril para ver qué contiene?

—No sé, no sé... —respondió Feroz rascándose la cabeza con la pata.

—Yo no lo haría por nada del mundo —interrumpió el perro faldero.

—¿Y por qué no, si puede saberse? —inquirió Atila, el más malcarado de los dos perrazos.

—Si yo fuera conde de Pantalonia, no me gustaría que nadie abriera mis regalos.

—Eso es verdad —susurró Feroz—. Si lo abrimos, y se entera que hemos sido nosotros, se nos puede caer el pelo, Atila. Dejémoslo pasar, y no nos metamos en líos.

—Puedes pasar, perro faldero —decidió Atila—, pero será mejor que ese regalo esté mañana por la mañana en el palacio del conde de Pantalonia, o no pararemos hasta encontrarte y darte tu merecido.

—¡Así se hará, señores alguaciles!

Antolín franqueó la puerta y empujó el tonel lejos de la estrecha vigilancia de los pastores ale-

manes. Luego se puso a dar saltos de alegría y a mover el rabo con frenesí. ¡Era la primera vez que entraba en Pantalonia! Estaba celebrando su gran triunfo cuando escuchó un toc, toc, que provenía de dentro del barril.

—¿Quién anda ahí?

—¡Soy Ikatú! ¡Sácame de aquí!

—¿Ikatú? ¿Tú no eres de por aquí, verdad?

—Pues no, pero ¿eso qué importa?

—¿Y si te saco y me atacas para robarme? Si pudiera verte, sabría qué pie calzas, y cuáles son tus intenciones —reflexionó el perrillo.

—Pie ninguno, en todo caso, pata —respondió desde el fondo del barril Ikatú.

—Es una forma de hablar, soy un chihuahua elegante. ¿De qué raza eres?

—Soy un común europeo de color tortuga, aunque hay en mi corazón sangre que se remonta hasta la época de los faraones egipcios.

—En todos mis años por el mundo, nunca escuché una raza con ese nombre. No me suena nada de nada —dijo el perrillo, poniendo el semblante



© del texto: Miguel Cordero Bellas, 2018
© de las ilustraciones: Matías Tolsà Montedoro, 2018
© de esta edición: Milenio Publicaciones, S.L. 2018
C/ Sant Salvador, 8 - 25005 Lleida
editorial@edmilenio.com
www.edmilenio.com

Primera edición: octubre de 2018
ISBN: 978-84-9743-838-4
DL L 1.017-2018
Impreso en Arts Gràfiques Bobalà, S.L
www.bobala.cat

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <www.cedro.org>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.